



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 7

CT 115 ÉTICA TEOLÓGICA

Míguez Bonino, José. “¿Claridad de los cristianos?”. En *Ama y haz lo que quieras. Hacia una ética de la nueva humanidad*, 24-28. San José: Universidad Bíblica Latinoamericana, 2006.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

¿Claridad de los cristianos?

¿Qué dice el cristiano a todo esto? Convencido de que en el evangelio tiene la respuesta última –dada por Dios mismo– a los interrogantes de la vida humana, el cristiano se resistirá a entregarse al relativismo. Sabe que el bien, la verdad, no son simples convenciones o caprichos humanos sino la voluntad del Dios creador manifestada en Jesucristo. A partir de aquí, sin embargo, suele producirse una lamentable confusión, históricamente comprensible, pero llena de graves consecuencias negativas tanto para los cristianos como para el resto de la comunidad humana. La confusión consiste, muy simplemente, en identificar ese firme fundamento que es el evangelio con las normas y valores, o peor aún con las convenciones y costumbres de nuestra sociedad.

Un ejemplo banal: la identificación del atuendo y la apariencia personal desarrollados por la cultura burguesa con la "decencia", la "limpieza" y hasta la "honestidad"; identificación que ha llevado a muchas congregaciones cristianas, y hasta autoridades civiles, a exigir el pelo corto, la cara afeitada, la corbata y el saco como pasaporte de honorabilidad;

El carácter determinante de pautas culturales: la frecuencia con la que iglesias evangélicas juzgan la moral de sus miembros mediante restricciones surgidas en las condiciones morales de un determinado tiempo y lugar –baile, teatro, cine, bebidas alcohólicas, hasta 'silbar' música, en un caso. La simple variedad e incoherencia de estas normas muestra claramente su condicionamiento cultural.

Menos evidente, pero sin duda no menos cierto y más importante: la convicción con la que muchos cristianos defienden la idea capitalista de la propiedad privada de los medios de producción como si fuese un postulado de la fe, cuando es evidente que está totalmente ausente del panorama rural del pensamiento bíblico, y que surge en condiciones económicas y sociales muy posteriores y es fuertemente resistida por toda una importante tradición teológica.

Se trata, decíamos, de un equívoco comprensible, porque las iglesias cristianas han ejercido, de hecho, marcada influencia en la formación de nuestra sociedad y de sus leyes, particularmente en los países occidentales. Las instituciones, leyes, usos culturales, normas y valores plasmados en la cultura occidental, han resultado del encuentro del mundo mediterráneo con la tradición cristiana y de la evolución que lo siguió. Los cristianos nos sentimos, por ello, naturalmente dispuestos a defenderlos y aún a considerarlos la única y legítima encarnación de las demandas de la fe. Y quienes los rechazan por hallarlos inadecuados, falsos o inhumanos, reniegan con ellos de las iglesias que los han defendido y defienden y del Dios que se supone haberlos inspirado. Así los cristianos nos vemos encolados con frecuencia en las filas de los defensores de la tradición, del orden establecido, de las instituciones vigentes y –casi sin advertirlo– de la represión, la censura y la coerción con que se intenta defenderlos. De la defensa de la fe pasamos, casi insensiblemente, a la defensa del estado de cosas vigente.

¿Es esa la batalla que nos corresponde librar? ¿Es esa nuestra vocación como cristianos? Es necesario contemplar el problema serenamente. Hay, al menos, dos verdades importantes en la posición del cristianismo conservador. Una es la convicción que, como cristiano, tiene una responsabilidad muy particular frente a la demanda y la confusión ética de nuestro tiempo. La forma de vivir de los cristianos fue, en efecto, uno de los aportes más significativos que la Iglesia hizo al mundo antiguo y una de las causas fundamentales del triunfo de la fe cristiana en los primeros siglos. La perplejidad ética y la angustiosa búsqueda de sentido para la vida que caracterizaban la sociedad en la que predicaron los primeros apóstoles y misioneros cristianos encontraron en el evangelio de Jesucristo una respuesta a la crisis; el mensaje cristiano emergió así, naturalmente, como la piedra de toque de toda ética válida. Lo cristiano y lo moralmente bueno vinieron a ser sinónimos. Y por consiguiente, todo lo que pretendía ser aceptado como bueno, debía de algún modo “hacerse pasar” por cristiano.

También tiene razón el cristiano conservador en repudiar el relativismo total o el fácil optimismo naturalista. La medida, la meta y el origen de

nuestra conducta como cristianos nos han sido dado en Jesucristo y por más imprecisión, fragilidad o falibilidad que debamos admitir en nuestros juicios éticos, no podemos dejarnos arrastrar por “cualquier suerte de enseñanza”, ni en lo doctrinal ni en lo ético. En sus mejores momentos, la fe cristiana ha sabido definir, bajo la dirección del Espíritu Santo, un proyecto de vida humana, con respecto al cual se hacía posible decir que “sí proceden” los cristianos o que “tales cosas no hacen” los que son de Cristo. El cristianismo conservador tiene razón de insistir en que tanto la seriedad como el compromiso ético pertenecen a la esencia del ser cristiano.

Donde yerra el cristiano conservador es en creer –dándose o no cuenta de ello– que ese evangelio de Jesucristo coincide con las instituciones, las leyes y el orden moral imperantes en nuestra sociedad. Es cierto que la institución de la familia, las normas tradicionalmente aceptadas –en teoría al menos– sobre las relaciones sexuales, los códigos de derecho civil, ciertas normas y regímenes políticos (la democracia representativa, por ejemplo) y otros muchos elementos de nuestra sociedad que podríamos mencionar, han gozado de la influencia del evangelio. Pero también es cierto que son producto de circunstancias históricas que han variado a través de los siglos, que representan condiciones económicas y sociales distintas, que son hechos por personas y que pertenecen por lo tanto “este mundo” que pasa y que está en constante cambio. No forman parte del “reino eterno”. Al confundir ambas cosas se comete el doble y grave error de rebajar a Jesucristo al nivel de las instituciones, leyes o costumbres imperfectas, caducas y transitorias y de elevar a éstas a un lugar de privilegio que sólo a aquél corresponde. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Pero precisamente por eso, ninguna otra cosa es eterna o merece ser defendida como tal.

Este error brota, en realidad, de otro más profundo muy arraigado: el de concebir la moral cristiana primordialmente como un conjunto de normas inmutables rígidas que regulan cada acto de la conducta. Tendremos oportunidad de volver nuevamente sobre este tema con más detención, Pero vale ya la pena recordar que *quien* es eterno (*quien*, no ‘lo que’) es Jesucristo, el Señor viviente que nos prometió su Espíritu para guiarnos a

toda verdad.

Si es así, ¿en qué consiste la respuesta que, a partir del evangelio, debe aportar el cristiano a la crisis ética actual –supuesto que su aporte no deba ser la defensa de la tradición? Para responder a esa pregunta, tenemos que examinar el mensaje de las Escrituras, y a ello nos dedicaremos en los próximos capítulos. Pero tal vez es útil concluir estas observaciones preliminares con una afirmación que debemos analizar y probar más adelante: el aporte ético del evangelio a la crisis moral –la del primer siglo y la nuestra– no consiste tanto, ni fundamentalmente, en principios, instituciones o leyes nuevas como en un *ser humano nuevo*. Lo que Jesucristo pone en este mundo es una nueva humanidad, una nueva forma de ser humano. Y esa nueva humanidad en Jesucristo no se prolonga, no penetra en la historia humana primordialmente por medio de leyes o instituciones (que sin duda existen y tienen su valor) sino mediante un mensaje que engendra sin cesar vida nueva y mediante una comunidad de seres humanos “renacidos”, “re-suscitados” a una nueva vida, “redimidos” (es decir, liberados), renovados (con una nueva “mente” – una orientación total radicalmente cambiada).

Si esto es así, la demanda de la juventud a la que aludíamos más arriba se nos muestra en toda su pertinencia ética. Pues su búsqueda se dirige, precisamente, a una nueva calidad de vida humana, una forma de ser persona-en-comunidad. Esto es, nos parece, lo que desesperadamente anhela nuestra época. En esa perspectiva la confusión moral no se nos presenta sólo bajo un aspecto negativo, como una “corrupción”, sino también en su significado positivo, como una marcha, incierta sí, pero esperanzada y receptiva, como una serie de ensayos, fallidos muchas veces, pero no por ello menos significativos. La confusión es parte de la búsqueda. Es bien posible interpretar a esta luz fenómenos diversos entre sí como la indignada protesta de la juventud, la revolución para cambiar las estructuras sociales, políticas y económicas, la revolución cultural, las nuevas orientaciones de la psicología, e incluso ciertas formas de religiosidad y de misticismo. Tal interpretación permite un diálogo fecundo de la fe con la problemática actual, en la común búsqueda de lo que significa concretamente ser humano –para el cristiano, ser “nueva

criatura en Cristo"— concretamente en las condiciones de nuestra situación actual. La ineludible pregunta ética ¿qué hacer? con su inevitable corolario actual ¿qué posición tomar? nos conduce a una formulación más profunda de partida: ¿qué significa ser persona?